

La primera obra del arquitecto José Romero Aguirre

Juan Laborda Herrero

Juan Laborda Herrero

Arquitecto por la E.T.S.de Arquitectura del Instituto de Empresa.

Centro de Investigación:

Universidad Politécnica de Madrid.

juanlabordaherrero@hotmail.com

RESUMEN

Entre los años cincuenta y setenta del siglo XX se produjeron en la arquitectura española profundas transformaciones. A lo largo de su carrera profesional, el arquitecto José Romero Aguirre (1922-1979) es una figura clave de esos cambios en Zaragoza, la ciudad donde nació, trabajó y murió. Proyectó y construyó iglesias, colegios, residencias y conventos. Su primera obra religiosa, el convento de carmelitas descalzas de San José, de 1953, es un ejemplo de solución honrada, proyectada por un joven recién titulado que tan sólo tuvo a su disposición los justos medios que la escasez y el ambiente le permitieron.

Palabras clave: José Romero Aguirre, Zaragoza, arquitectura religiosa, Carmelitas descalzas.

ABSTRACT

Between the 50's and the 70's of the twentieth century, there were profound transformations in Spanish architecture. During his long professional career, the architect José Romero Aguirre (1922-1979) was an important figure involved with these changes in Saragossa, the city where he was born, where he worked and where he died. He designed and built churches, schools, residences and convents. His first religious work, the convent of the Carmelitas Descalzas of San José, of 1953, is a well thought out example. It was designed by a young man, new in the profession, who had very few means at his disposal and worked within limited environmental boundaries.

Keyword: José Romero Aguirre, religious architecture, Saragossa, Carmelitas descalzas.

Es sabido que cada época refleja una manera de hacer y que en la arquitectura, como muestra de las actitudes sociales, ese reflejo se hace más evidente que en otras formas de expresión. Los años cincuenta produjeron en España casos de arquitectos notables, provenientes de una situación difícil que les hizo valorar la vida de una manera especial. Su adolescencia transcurrió a lo largo de la guerra civil Española y su paso por las escuelas de Arquitectura coincidió con la segunda guerra Mundial. Todo ello supuso un paréntesis en la recepción de las influencias de la arquitectura internacional. Esta carencia de modelos se percibe con claridad en el periodo en que desarrolló su profesión José Romero [Fig. 1]. Los arquitectos españoles de entonces tuvieron que hacerse a sí mismos y

volcarse hacia el futuro en busca de su propia renovación intelectual. El austero tiempo en que les había tocado formarse quedó reflejado en sus obras, fueron profesionales que tan sólo contaron con su esfuerzo para salir adelante.

José Romero es sin duda el representante más notable de esa generación en Aragón, su trayectoria se sitúa en la historia local como el siguiente eslabón de los arquitectos más destacados de la primera mitad del siglo XX en Zaragoza: Ricardo Magdalena, Teodoro Ríos Balaguer, Félix y Miguel Ángel Navarro Pérez, Regino y José Borobio Ojeda y José de Yarza García. El ejercicio de José Romero contó con su expresión propia, marcado por una dedicación y entrega excepcionales a su profesión y alentado por un fuerte sentido del espíritu cristiano que quedó reflejado en la continua búsqueda de lo trascendente, tanto en los edificios civiles como en los religiosos que construyó. Algunos de esos edificios pueden ser considerados como los mejores ejemplos de la arquitectura contemporánea en Zaragoza [1].

Se ha escrito mucho sobre los grandes arquitectos españoles de la generación de la posguerra, hoy convertidos en maestros de la arquitectura: Miguel Fisac, Alejandro de la Sota, Francisco Javier Sáenz Oíza, José María García de Paredes, José Luis Fernández de Amo, Rafael de La-Hoz, Javier Carvajal o Ramón Vázquez Molezún, por citar tan sólo a algunos de los que construyeron edificios destinados al culto cristiano. Por lo que se refiere a José Romero, han pasado ya más de treinta años desde su fallecimiento y, hasta este momento, las referencias que se han publicado sobre él han sido escasas y sin apoyos documentales concretos [2], lo que impide tenerlas en consideración a la hora de establecer un perfil profesional fiable. La falta de la aplicación de un método que desarrolle la revisión de sus obras y, posiblemente, la propia condición autodidacta y autónoma de Romero, dificulta su estudio como autor.

Por mi parte, debo decir que mi situación familiar me proporciona un enlace directo con José Romero. Además, el desarrollo de mi tesis doctoral, del que este artículo es un avance, favorece mi trabajo de investigación sobre él como ejemplo de una arquitectura española autodidacta. Así pues, con el apoyo de las referencias familiares, el de los datos publicados sobre la época en que ejerció su profesión, los contactos con otros profesionales que trabajaron con él y, sobre todo, mediante la revisión sistemática del contenido de su valioso archivo, me encuentro ante la oportunidad de aportar por primera vez referencias sólidas sobre su pensamiento e interpretación de la arquitectura. Debo ser, por tanto, especialmente prudente a la hora de elaborar esa información, la condición de primicia del presente texto no debe condicionar el desarrollo de aportaciones posteriores sobre su obra. En particular, y en lo que puede interesar en este artículo, dedicado a su primera arquitectura, los datos que ahora reseño pretenden ser tan sólo una muestra del amplio panorama de la arquitectura de Romero. Trataré de exponerlos paso a paso, haciendo del edificio de las carmelitas una pauta para



[FIG. 1] EL ARQUITECTO JOSÉ ROMERO AGUIRRE, 1922-1979.



[FIG. 2] FOTOGRAFÍA DE LA PROMOCIÓN 100 DE LA ESCUELA DE ARQUITECTURA DE MADRID.

[1] De los construidos en Zaragoza, la mayor parte de ellos están reseñados en la Guía de Arquitectura, publicada en 1995. Cfr. LABORDA YNEVA, José: Guía de arquitectura de Zaragoza. Zaragoza, Caja de la Inmaculada de Aragón, 1995.

[2] El único artículo que puede ser considerado cercano a la obra de José Romero fue publicado en 1999. Cfr. LABARTA AIZPÚN, Carlos: «José Romero. La arquitectura olvidada de un hombre». Ra3, Pamplona, E.T.S. de Arquitectura de la Universidad de Navarra, 1999.



[FIG. 3] JOSÉ ROMERO AGUIRRE, RETRATO DE CRISTINA HERRERO ROMERO, 1957.

[3] Conversaciones con familiares directos del arquitecto José Romero Aguirre.

[4] Junto con José Romero, en la 100 promoción de la Escuela de Arquitectura de Madrid figuraron notables arquitectos. Entre otros, José-María Anasagasti López-Sallaberry, Manuel Barbero Rebolledo, José-María García de Paredes Barreda, Alfonso Gómez de la Lastra, Rafael de la Hoz Arderius, Félix Íñiguez de Onzoño, y José Luis Picardo Castellón.

[5] El arquitecto Manuel Romero Aguirre, 1920-1996, instaló su despacho profesional en Madrid, en 1952. De su extensa actividad profesional, cabe destacar la ordenación de la colonia Mirasierra y el proyecto de la mayor parte de sus casas unifamiliares, entre 1955 y 1970.

[6] Otras aficiones de José Romero fueron la relojería, la carpintería y el trabajo de los metales, labores artesanales que llevó a cabo con notable minuciosidad y perfección y para las que en muchas ocasiones fabricó sus propias herramientas.

esbozar la figura de Romero, por un lado, y el proceso completo de su singular intervención en el proyecto, por otro. La intención de estos párrafos se adapta así a lo propio de un trabajo de investigación: dar unas primeras notas inéditas para el conocimiento de un arquitecto notable.

SOBRE JOSÉ ROMERO AGUIRRE.

Es obligado ahora presentar brevemente al protagonista de este breve estudio, José Romero Aguirre. Nacido en Zaragoza el 23 de octubre de 1922, crece y se educa en el entorno familiar del experto médico que fue su padre. Un ambiente caracterizado por el profundo sentido religioso que él también compartió. Desde joven se caracterizó por su vitalidad, ingenio, curiosidad e inteligencia [3]. Penúltimo de cinco hermanos, decidió estudiar arquitectura siguiendo los pasos de su hermano Manuel, dos años mayor que él. Empieza entonces su carrera en la Escuela de Arquitectura de Madrid, tras los interminables y selectivos exámenes de aquellos años. Allí compartió trabajo, inquietudes y amistad con los componentes de la ya histórica 100 Promoción [4], de la que formaron parte Rafael de La-Hoz y José María García de Paredes, con quienes Romero mantuvo una relación personal que se prolongó a lo largo de su vida [Fig. 2].

En 1950 obtiene el título de arquitecto e inmediatamente se instala con su hermano Manuel, titulado en 1946, en el estudio que habían dispuesto en una habitación de la casa familiar. Ambos habían ya trabajado juntos en algunos encargos mientras José terminaba su carrera y formaron equipo hasta que, unos años después, Manuel se trasladó a Madrid para continuar allí su ejercicio profesional [5]. Es entonces cuando José se hace cargo de los proyectos comunes. Luego, Manuel y José conservaron sus enlaces profesionales, prepararon juntos concursos que ganaron, como el de la Delegación de Hacienda de Logroño o el de la Facultad de Ciencias en Barcelona.

De José Romero es conocida en mayor o menor medida la calidad de sus edificios; incluso es sabido que posiblemente fue el arquitecto aragonés más notable del movimiento moderno tardío y el autor de la mejor arquitectura de los años sesenta en Zaragoza. Pero quizá las circunstancias que todavía se desconocen de él consigan hacer aún más atractivo su perfil personal. Su interés por el conocimiento abstracto y su probada pericia matemática le llevan a practicar la astronomía y la náutica, entre otras aficiones singulares, con frecuencia relacionadas con el trabajo artesanal [6]. Fue también un magnífico dibujante y un sensible pintor. Trazó miles de dibujos que acompañaron a los croquis de sus proyectos y pintó docenas de cuadros, sobre todo retratos de excelente técnica que su familia conserva [Fig. 3].

Romero fue un profesional completo, de mente inquieta y abierta, dotado de un depurado sentido del oficio que le permitió desarrollar sus

proyectos con sorprendente precisión. El ejercicio de la profesión de arquitecto fue al mismo tiempo una razón y una consecuencia de su ser interior, envuelto por una personalidad de intachable coherencia, acompañada por su austera y reservada forma de vida.

En su primera arquitectura, casi sin referencias del exterior —a la que pertenece el edificio objeto de este artículo—, Romero sabe captar el ambiente que le era propio, penetra en él a través del conocimiento de la arquitectura tradicional, absorbe lo que ha vivido y visto y practica el correcto empleo de los materiales y usos constructivos desarrollados a lo largo de la historia. Sin embargo su pensamiento, en constante búsqueda de la coherencia funcional, de la tendencia hacia la austeridad ornamental y del consiguiente acercamiento a la linealidad estricta, evolucionará de manera natural hacia las formas concordantes con la modernidad europea.

La reunión de ambas tendencias, la material, vinculada con su propio paisaje arquitectónico, y la intelectual, abierta a la innovación estilística y técnica que caracterizó el tiempo de su ejercicio profesional, formaron siempre una indisoluble unión en la arquitectura de José Romero. Fue una forma de ejercicio artesanal de lo moderno, una actitud arraigada e innovadora al mismo tiempo, un resultado con personalidad propia, atento al detalle y a la novedad, dispuesto a innovar sin por ello perder rigor material ni coherencia. Fue un magisterio basado en una personalidad intensa, hecha a sí misma, veraz, sin resquicios que pudieran dar lugar a la conveniencia o al acomodo.

Romero desarrolló proyectos sobre todo en Aragón, pero también en Cataluña y Castilla; trabajó solo y en grupo —fue el arquitecto fundador del 'Grupo Z', compuesto, además de por él mismo, por jóvenes arquitectos entre quienes Romero repartió su trabajo y sus ingresos [7]. Sus proyectos desarrollaron todas las variantes posibles: grandes y pequeños, de presupuestos escasos y amplios, para clientes públicos y privados, residenciales y de equipamiento. Pero, en mayor medida, y a lo largo de toda su carrera, su



[FIG. 4] JOSÉ ROMERO AGUIRRE, INTERIOR DE LA IGLESIA DEL CARMEN, EN ZARAGOZA.

[7] Fueron componentes del «Grupo Z» los arquitectos Elvira Adiego, José Luis Artal, Juan Carmona, Saturnino Cisneros y José María Mateo, todos ellos titulados entre 1962 y 1968.



[FIG. 5] JOSÉ ROMERO AGUIRRE, INTERIOR DE LA CAPILLA DE JESÚS REPARADOR, EN ZARAGOZA.

sentido trascendente le condujo a realizar proyectos para la Iglesia. Como muestra de ese trabajo, y de entre todos los edificios de su extensa obra dedicada al proyecto del espacio religioso, debemos mencionar y describir brevemente dos, posteriores al Concilio Vaticano II. Son valiosos ejemplos de la renovación litúrgica y resumen de su buen hacer en arquitectura.

La iglesia parroquial de Nuestra Señora del Carmen (1962) forma parte del conjunto compuesto por el convento y el colegio mayor regentado por los padres carmelitas [Fig. 4]. El templo está señalado al exterior por su esbelta aguja, como interpretación abstracta de la torre tradicional. En el interior, el cuerpo de la iglesia, que se abre a la calle a través de su gran atrio, da paso al espacio principal, que surge tras el amplio dintel formado por el coro alto. La nave se desarrolla de manera ascendente hacia el altar, acompañada en el lado del Evangelio por capillas más íntimas en escala y recogimiento; el otro lado, en cambio, presenta un gran paño calado por la luz natural, filtrada por vidrios de colores. El conjunto forma un espacio interior amplio, sugerente y litúrgicamente innovador, acompañado por la potencia frontal del presbiterio.

Otra obra con dimensiones mucho más reducidas —y por tanto más controlables que en el anterior proyecto— es la capilla de Jesús Reparador (1964), incluida en el convento de las madres reparadoras [Fig. 5]. Es una intervención con pocos gestos, pero con una actitud que ofrece al conjunto un singular atractivo. En ella, el pronunciado coro, aunque situado en el lado opuesto al altar, consigue enmarcarlo visualmente, dotándolo de una innovadora cualidad focal. La delicadeza en el trabajo de los materiales y su cuidada elección ofrecen al interior una calidez especial. Es sin duda una lección de arquitectura capaz de demostrar que con un moderado acopio de medios es posible conseguir un espacio de interés litúrgico.

CONTEXTO ARQUITECTÓNICO DE LA LITURGIA.

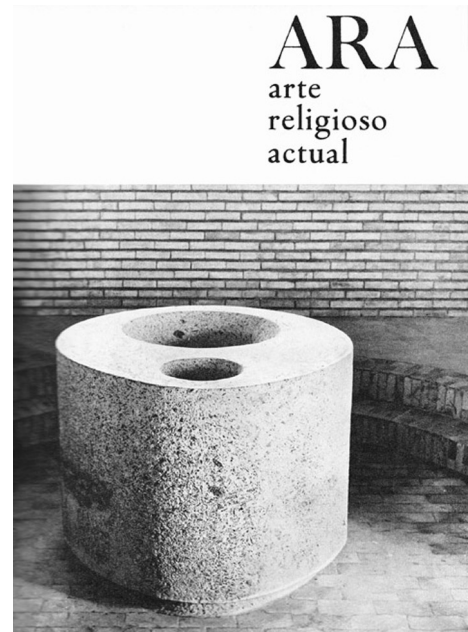
No es nuestro objetivo profundizar en la historia litúrgica del templo cristiano; recuperar ese conocimiento no aportaría datos desconocidos que pudieran resolver las cuestiones teóricas planteadas en este artículo. Lo que nos interesa es conocer las diferentes relaciones que se establecen entre los protagonistas, Dios y los fieles, en cada uno de los actos litúrgicos; siempre a través de la mediación-intervención del ministro que oficia la ceremonia.

Es sabido que el sentido trascendente del hombre proviene de la sensación de inseguridad ante la muerte. Tal es esa preocupación, que los restos más antiguos que se conservan son templos o tumbas, edificios que históricamente han sido ejemplo de modernidad y avance tecnológico. En el caso de la cultura católica, al margen de la técnica, y centrándonos en la disposición espacial requerida por el culto, el espacio litúrgico contemporáneo es el resultado del continuo cambio producido por la evolución del pensamiento cristiano. Prestaremos atención únicamente al periodo que nos interesa, concordante con la arquitectura de José Romero: el inmediatamente anterior y el propio del Concilio Vaticano II.

Por lo que se refiere al contexto del estilo litúrgico en la España del segundo cuarto del siglo XX, y simplificando mucho las cosas, es posible afirmar que los motivos políticos no facilitaron que el primer racionalismo de los años veinte y treinta tuviera repercusión en la arquitectura religiosa. Por motivos diferentes, pero con las mismas consecuencias, el nuevo régimen político surgido tras la guerra civil eludió las propuestas modernas en los nuevos templos, suponiéndolas herederas del pasado republicano y alejadas de la tendencia entonces vigente en busca de una arquitectura nacional.

En Europa, el proceso de depuración de la forma, iniciado en el periodo de entreguerras, matizó sus propuestas tras la segunda guerra mundial. La arquitectura adquirió un nuevo carácter internacional que introdujo variantes en el entendimiento estricto de lo moderno. Fue entonces cuando España, apoyada por la evolución del clima político y del ambiente social, pudo incorporarse a la tendencia europea. Y encontró en la arquitectura religiosa un cauce propicio para desarrollar expresiones que hubieran sido impensables pocos años atrás.

La transformación social de España, el éxodo de los habitantes de las pequeñas poblaciones hacia las ciudades, hizo precisa la construcción de poblados periféricos urbanos, necesitados de los equipamientos precisos. Fue así como la necesidad de nuevos templos posibilitó la construcción de cientos de iglesias y conjuntos parroquiales en todo el territorio nacional [8]. En ellos, la renovación litúrgica, basada en la centralidad del culto, iba a ir reemplazando paulatinamente a la tradicional disposición longitudinal del espacio religioso. Por otra parte, muchas órdenes religiosas, apoyadas por el mayor valor que el crecimiento de las ciudades había adjudicado sus



[FIG. 6] PORTADA DE LA REVISTA ARA EN LA QUE FUE PUBLICADA LA RESEÑA DE LA CAPILLA DE JESÚS REPARADOR, OBRA DE JOSÉ ROMERO.

[8] Cfr. RODRIGUEZ COBIÁN, Esteban: El espacio Sagrado en la Arquitectura española contemporánea. Santiago de Compostela, Colegio Oficial de Arquitectos de Galicia, 2006.



[FIG. 7] FRANCISCO DE MORA, IGLESIA DEL CARMEN EN ÁVILA.

antiguas instalaciones, trasladaron sus conventos a las periferias y se sumaron así a la nueva actitud litúrgica.

El nuevo pensamiento religioso, tendente a la pureza de la forma, la sencillez y la austeridad, en busca de un acercamiento más real a lo divino, se plasmó en las manifestaciones del culto. El arte sacro despertó un progresivo interés. Fue la oportunidad de los jóvenes arquitectos y artistas plásticos para darse a conocer [9]. Así, además de los nuevos edificios, los restantes objetos litúrgicos —cálices, candelabros, altares o esculturas— participarán de esa nueva actitud, añadiendo naturalidad a su propia expresión funcional. El hierro forjado, los metales, la madera, la piedra y la cerámica ofrecerán sus texturas originales, despojadas de artificio.

El nuevo movimiento necesitó para su propagación el apoyo de la difusión impresa. A partir de 1940, varias revistas en España dedicaron números monográficos al arte sacro. La 'Revista Nacional de Arquitectura', 'Cuadernos de Arquitectura y Urbanismo', 'Hogar y Arquitectura' e 'Informes de la Construcción', entre otras, incluyeron en sus páginas secciones dedicadas a la arquitectura y el arte religioso.

Otras revistas, más especializadas, fueron la referencia indispensable para el conocimiento de la evolución de las nuevas tendencias. Sobre todo 'ARA' (Arte Religioso Actual) [Fig. 6], editada por el 'MAS' (Movimiento de Arte Sacro), órgano de difusión del Movimiento Litúrgico en España, se encargó de difundir trimestralmente desde 1964 todo el conjunto de novedades relativas al criterio litúrgico, el arte sacro, las nuevas construcciones y las posibles soluciones espaciales que caracterizaron al nuevo movimiento [10].

Fue el resultado de la corriente renovadora de la vida litúrgica cristiana, promovida por el Movimiento Litúrgico Moderno, dedicado al fomento de la importancia de los signos y los valores de difusión para la vida cristiana. Hasta tal punto fue así, que es posible afirmar que allá donde se desarrolló ese movimiento hubo arquitectura religiosa moderna. Por fin, en 1963, la promulgación por el Concilio Vaticano II de la constitución sobre la Sagrada Liturgia 'Sacrosanctorum Concilium' supuso el punto culminante de la renovación litúrgica.

LA CONGREGACIÓN DE CARMELITAS DESCALZAS EN ZARAGOZA.

Tras el esbozo del estado de la cuestión, nos ocuparemos del argumento de este escrito, el nuevo convento de las carmelitas en Zaragoza. Es sabido que el primer convento que aloja a la congregación que Santa Teresa funda a mediados del siglo XVI fue edificado en la ciudad de Ávila. Su iglesia, una pieza del mayor interés, proyectada por el arquitecto Francisco de Mora, se comenzó a construir cuarenta y cinco años después de la construcción del convento [Fig. 7]. Está dispuesta con planta en cruz latina, cubierta por una

[9] En España, un ejemplo notable de esa tendencia fue el impulso que, en 1957, el obispado de Vitoria decidió dar a la renovación litúrgica, adelantándose así a la reforma planteada por el Concilio Vaticano II. Fruto de esa iniciativa fueron la iglesia de la Coronación, de Miguel Fisac, y la de los Ángeles, de Javier Carvajal y José-María García de Paredes, ambas construidas en 1960.

[10] El dominico José-Manuel Aguilar, 1912-1992, tuvo un importante papel en el impulso del arte religioso en España. Doctor Derecho Civil, lector en Teología y Filosofía y diplomado en Periodismo, promovió iniciativas de toda índole que confluyeron en la renovación del arte sacro. Fundó en 1955 el Movimiento Arte Sacro, MAS, y fue impulsor y director de la revista ARA, publicada entre 1964 y 1981.

única bóveda rebajada en la nave y por cúpula en el crucero. En su exterior, la fachada esta dividida horizontalmente en dos planos: el superior, retranqueado y coronado por un frontón; y el inferior, presidido por la imagen de san José con el niño Jesús, y apeado sobre un pórtico de acceso, compuesto por tres arcos de medio punto. Desde entonces, el modelo proyectado por Mora, austero y natural, tal como la orden era, se convirtió en pauta para la mayor parte de las sucesivas iglesias carmelitas.

La reforma que inició santa Teresa fue mal acogida por la decadente actitud de las congregaciones de su momento. La renuncia de lo superfluo y la vuelta a una vida austera, semejante a la del comienzo de las órdenes monásticas, produjo desconcierto en el acomodado transcurso conventual del barroco español. La doctrina de las carmelitas, sin embargo, fue capaz de inspirar la vocación de un gran número de jóvenes, atraídas precisamente por la firmeza defendida por la santa. Enseguida fue necesario extender la fundación de nuevos conventos, todos ellos con un mismo criterio de austeridad en traza y ornamento.

En Zaragoza, las carmelitas se instalaron en el año 1588 en unas pequeñas casitas de la calle del Coso [11]. Más adelante, cuando se organizaron y crecieron en número, se trasladaron junto a la Iglesia de Santiago, en donde estuvieron también poco tiempo, para trasladarse en 1601 junto una de las ocho entradas de la entonces ciudad amurallada, la puerta de Baltax, que con el tiempo, ante la repercusión y la importancia del convento en la zona, pasó a llamarse puerta del Carmen. Ése fue el lugar en el que más tiempo han permanecido las carmelitas desde su llegada a Zaragoza, alrededor de 200 años [Fig. 8].

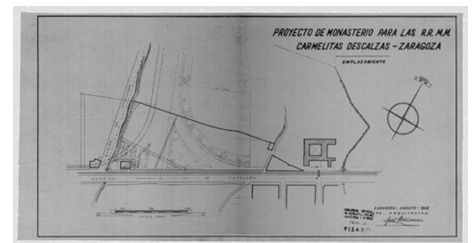
En junio de 1808, la incidencia de la guerra de la Independencia en Zaragoza y la proximidad al convento de las tropas francesas en su primer asedio a la ciudad, aconsejó el traslado de la comunidad [12]. Las carmelitas se instalaron entonces en Huesca y pasaron después a Francia, hasta que Fernando VII mandó la reconstrucción del convento devastado y el realojo de las monjas.

No mucho después, la desamortización llevada a cabo por Juan Álvarez Mendizábal en 1836 las convirtió de nuevo en deambulantes. Fueron acogidas por las carmelitas descalzas de santa Teresa —las llamadas 'Fecetas'— y, posteriormente, hacia 1880, se instalaron en el Arrabal del otro lado de Ebro, donde estuvieron alrededor de setenta años, ya 'en casa propia' como ellas mismas decían.

Este nuevo alojamiento había sido utilizado anteriormente como secadero de lanas; las monjas invirtieron en él sus escasos bienes, trataron de acomodarlo y hacerlo suyo, pero el edificio siempre adoleció de poca luz y humedad, llegando incluso a amenazar ruina. Tras más de 50 años de precariedad, pasada ya la guerra civil, el obispado comenzó a plantearse la necesidad de construir un nuevo edificio para las carmelitas, acomodado a la vida conventual de clausura.



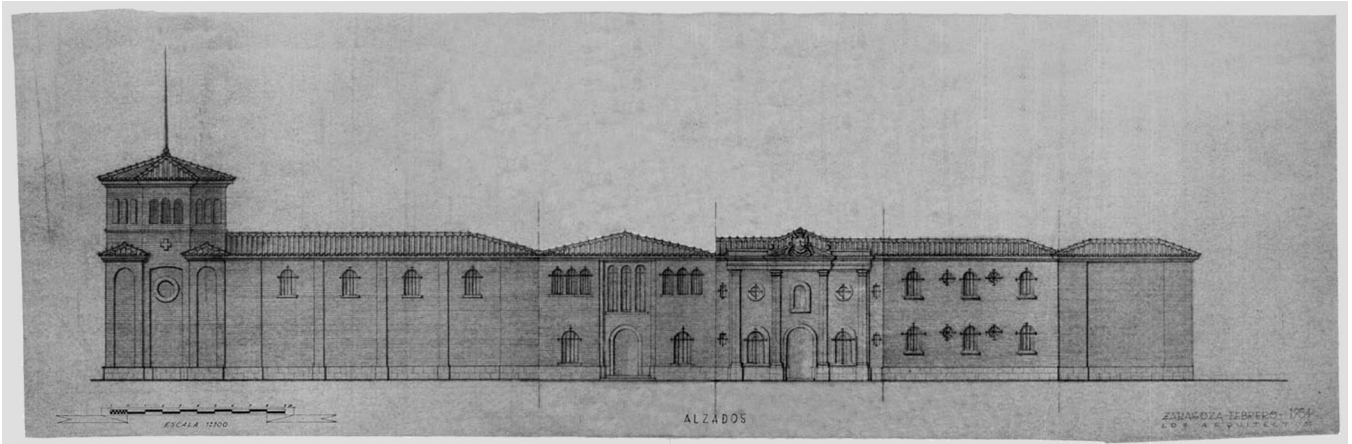
[FIG. 8] JOSÉ DE YARZA, PLANO GEOMÉTRICO DE ZARAGOZA, 1861, ZONA DE LA PUERTA DEL CARMEN.



[FIG. 9] JOSÉ ROMERO AGUIRRE, PLANO DEL SOLAR DEL CONVENTO DE LAS CARMELITAS EN LA AVENIDA DE CATALUÑA.

[11] Archivo de las carmelitas descalzas de Zaragoza (ACZ).

[12] Archivo de las carmelitas descalzas de Zaragoza (ACZ).

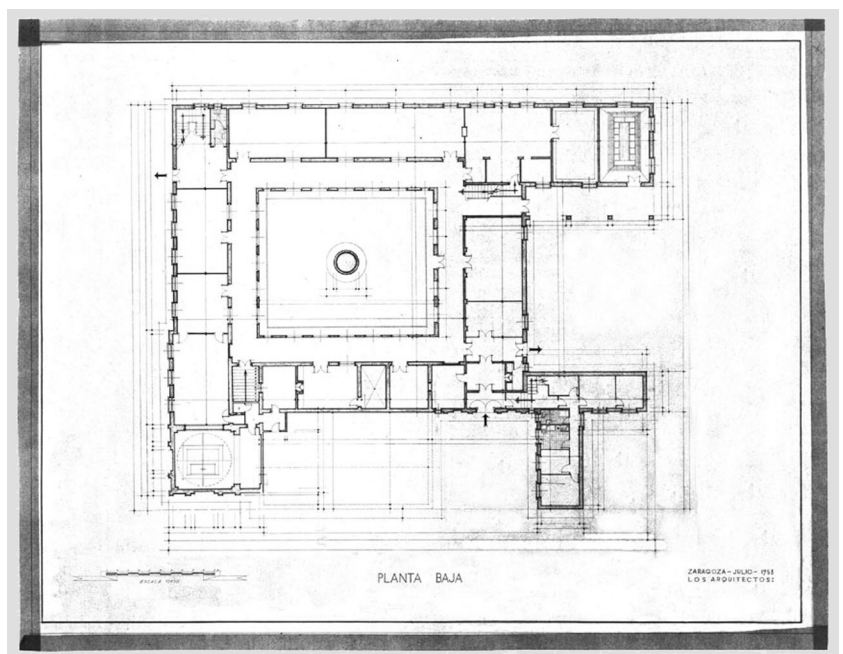


[FIG. 10] JOSÉ ROMERO AGUIRRE, PLANO DE ALZADO EN DESARROLLO DEL CONVENTO.

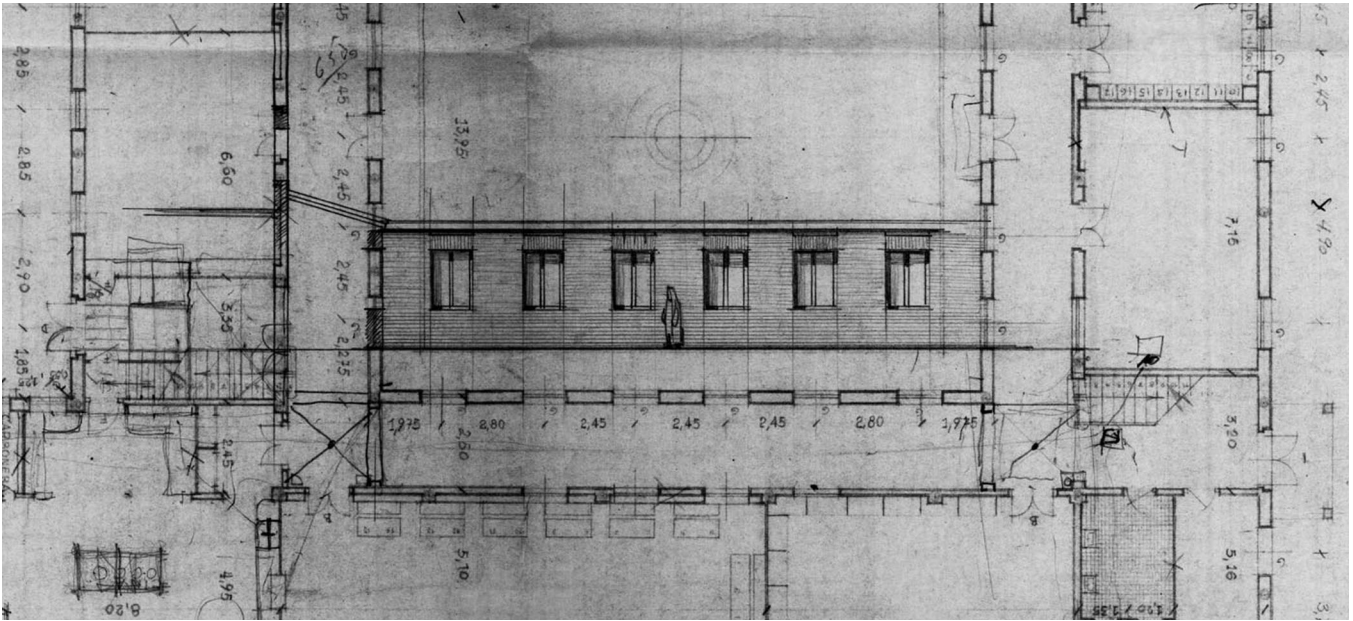
EL CONVENTO DE CARMELITAS DESCALZAS EN LA AVENIDA DE CATALUÑA.

Tomada en 1945 la decisión de encontrar un emplazamiento digno para construir el nuevo convento, y una vez dispuestas las religiosas a afrontar el cambio, empiezan a gestionar el traslado. Como era de esperar, y en concordancia con los precedentes históricos que hasta ese momento habían caracterizado la vida de la congregación en Zaragoza, la solución no fue rápida ni fácil. Mientras ellas buscaban el terreno para la construcción, se formó una junta, compuesta por sacerdotes y personas cercanas a la orden, que señaló las condiciones a cumplir por el nuevo edificio: el proyecto debería ajustarse estrictamente a las necesidades de la comunidad y los materiales empleados debían ser sencillos y estar bien aparejados. Para la realiza-

[FIG. 11] JOSÉ ROMERO AGUIRRE, PLANO DE LA PLANTA DEL CONVENTO



[13] Archivo de las carmelitas descalzas de Zaragoza (ACZ).

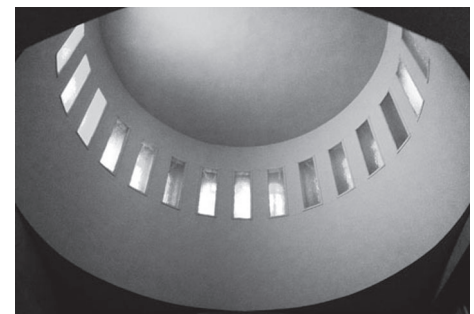


[FIG. 13] JOSÉ ROMERO AGUIRRE, DETALLE DE LA PLANTA.

ción del proyecto, la junta propuso a Manuel Romero como arquitecto y al industrial Abad como constructor, considerados como 'personas de toda conciencia y confianza' [13].

Durante los años siguientes, se barajaron diferentes posibilidades para la ubicación del nuevo convento: en el barrio de Casa Blanca; frente al seminario; y junto al manicomio, entre otras. Pero, por unos u otros motivos, ninguna de ellas prosperó. Hasta que una de las personas componentes de la junta ofreció en donación, para la construcción del convento y la iglesia, una finca que poseía en el extrarradio de la ciudad, en la avenida de Cataluña [Fig. 9]. A propósito de la iglesia, es preciso aclarar que la austeridad del plan precedente se había limitado a plantear tan sólo la construcción del presbiterio y el coro conventual, estrictamente necesarios para la función monástica. Plantear ahora la construcción de una iglesia completa fue una novedad, apoyada por las amplias dimensiones del terreno y el deseo de los donantes.

Poco después, el constructor Abad fallece y la junta elige a un nuevo constructor, Pitillas, experimentado en obras conventuales. Un nuevo cambio da paso a la presencia del arquitecto José Romero, quien desde que termina su carrera se ocupa completamente del proyecto en sustitución de su hermano Manuel. Romero se hace cargo de todo, iniciando una forma de gestión completa que caracterizaría en adelante su intervención en las obras promovidas por las comunidades religiosas. Actúa voluntaria y desinteresadamente como si él fuese su propio cliente, prepara los contratos con los propietarios del terreno; se encarga de la justa venta de la anterior propiedad; ajusta los precios con el nuevo contratista; está presente en cualquier acto que pueda inquietar a las religiosas; realiza un inventario detallado de las obras de arte, que todavía poseía la comunidad, para su cataloga-



[12] ESPACIO DEL PRESBITERIO DE LA IGLESIA DE LAS CARMELITAS DESCALZAS DE ZARAGOZA, FOTOGRAFÍA DEL AUTOR.

[14] Archivo profesional del arquitecto José Romero Aguirre (APR): contrato privado en las carmelitas descalzas de Zaragoza y el anticuario Merino, supervisado por José Romero.



[FIG. 14] IMAGEN DEL CONJUNTO DEL CONVENTO DE LAS CARMELITAS DESCALZAS DE ZARAGOZA.

ción y, en algunos casos, su venta si fuese precisa para ayudar económicamente en la construcción del edificio. Incluso avala con sus honorarios algunos de los pagos pendientes [14]. Las carmelitas encuentran en Romero un inesperado apoyo, la dedicación del arquitecto es completa, lo supervisa todo, lo economiza todo, su archivo profesional da razón de sus minuciosas cuentas y sus detallados planos de obra.

Se comenzó a limpiar el solar y abrir las zanjas el 24 de agosto de 1953, coincidiendo con el aniversario de la reforma iniciada por santa Teresa, y se colocó la primera piedra del edificio el 3 de noviembre de ese año. Las obras transcurrieron con normalidad, pese a la escasez del hierro y el cemento, propia de ese tiempo inhóspito, motivada por las altas tasas que el Estado imponía [15]. Fue el 5 de noviembre de 1954, aún con las obras del convento sin terminar, cuando se trasladaron las monjas a su nueva casa, casi forzadas por la más que precaria situación de los cobertizos del Arrabal en que vivían [16].

En ese momento no estaba aún construido el presbiterio, ni mucho menos la iglesia, que por motivos de presupuesto se planteó para más adelante [17]. De hecho, en la documentación de Romero está bien definido el presbiterio en planta y alzado, pero no la iglesia, que, aunque en alzado sí aparece en su intención general [Fig. 10], en planta se representa con un trazo discontinuo, avisando de su futura presencia [Fig. 11]. Hablaremos de ella más tarde.

El volumen del presbiterio se terminó de construir el 6 de abril de 1955. Es la pieza más relevante del conjunto conventual, dentro de la extrema sencillez que caracteriza al edificio completo. Se trata de una escueta torre de ladrillo [18], adosada al monasterio, con planta cuadrada en su arranque, que se transforma en octogonal en su segundo cuerpo, todo ello muy cercano a la tradición arquitectónica aragonesa. Los paños exteriores, el cuerpo de remate y los aleros siguen ritmos elegantes y sencillos y cumplen estrictamente con su función constructiva [19]. Vanos abiertos en el

[15] Archivo profesional del arquitecto José Romero Aguirre (APR).

[16] Archivo de las carmelitas descalzas de Zaragoza (ACZ).

[17] Tal como ocurre en la mayoría de los conventos religiosos y, de hecho, ocurrió en el primer convento de las carmelitas, en Ávila.

[18] La construcción del convento de las carmelitas de Zaragoza se llevó a cabo con ladrillo y aparejo aragonés: ladrillos de 36x11x3 cm. a junta corrida, rejuntando solamente las lagas horizontales.

[19] Constructiva y funcionalmente, en las cubiertas de entramado de madera, el alero recibe los cabrios. La arquitectura aragonesa tradicional considera a sus aleros como demostración de la mayor o menor calidad del edificio, según su envergadura y trabajo artesanal.

cuerpo superior iluminan un interior en planta central, que aloja el presbiterio, envuelto por su efecto abovedado [Fig. 12]. El altar se abre hacia el coro conventual, que hace las veces de sucinta nave, a la espera de que el templo fuera definitivamente construido. La disposición centralizada que propone Romero en el espacio destinado al culto resultará esencial para el desarrollo posterior de la nueva iglesia. Podemos considerar este sencillo transcurso del convento de san José como una trasposición de las antiguas fundaciones carmelitanas. Los 400 años que median entre la primera fundación en Ávila y ésta de Zaragoza apenas han supuesto novedades en la persistente austeridad de los medios. Todo va componiéndose sobre la marcha, las situaciones providenciales se repiten, los pequeños y grandes problemas acaban solucionándose. En este caso, la intervención de José Romero en un periplo histórico tan lleno de dificultades como fue el de las carmelitas de Zaragoza, supuso un sosiego inesperado. Romero fue consciente de eso, se empleó a fondo, proyectó un edificio austero, funcional y bien construido, sin alarde alguno, cada cosa en su sitio; arquitectura de la mejor, como puede leerse en la planta [Fig. 13].

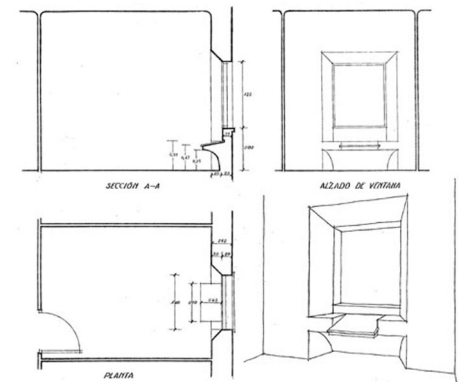
Pero el convento de san José tiene todavía un mérito añadido, fue un modelo de pruebas para la intervención del arquitecto en las docenas de obras que llevó a cabo para las comunidades religiosas. En ellas, Romero, además de su absoluta dedicación, manejó sus saberes y sus influencias personales para resolver asuntos imposibles. De ahí la importancia de su hasta ahora velado perfil profesional y humano.

El conjunto del convento se resuelve en una alargada parcela de cómoda planimetría, accesible desde la avenida de Cataluña. El edificio se sitúa en primer plano y la huerta queda detrás, en la parte más privada. Fue durante muchos años una construcción aislada, rodeada por otros terrenos de cultivo; sin duda un entorno propicio para el aislamiento espiritual que la congregación necesitaba [20]. El único acceso al convento desde la calle se abre hacia una sencilla placita que distribuye las tres entradas necesarias: la pública de la iglesia, la privada del convento y la casa del capellán, cada una con su propio carácter. El conjunto [Fig. 14] compone tres piezas enlazadas por el uso de un mismo material y diferenciadas por la apariencia que conviene a su distinta función.

En el interior, estrictamente funcional, el programa se desarrolla en torno a un claustro [Fig. 15] que comunica sus alturas mediante escaleras en sus vértices. La vida de la comunidad se distribuye en las dependencias de la planta baja, mientras que la alzada recibe las celdas, dispuestas a uno y otro lado del corredor que las organiza. No hay alarde alguno, tan sólo la justa y estudiada arquitectura que deja detalles llenos de intención como el arranque y la continuidad de los pasamanos en las escaleras, o la solución dada al escritorio en las celdas, sin duda un destello de ingenio con el que Romero consigue evitar la secular incomodidad que la regla de la Orden imponía a las religiosas, prohibiendo el uso de mesa y silla. El arquitecto propone un



[FIG. 15] CLAUSTRO DEL CONVENTO DE LAS CARMELITAS DE SAN JOSÉ, DIBUJO DEL AUTOR.



[FIG. 16] JOSÉ ROMERO AGUIRRE, DETALLE DE LA VENTANA-ESCRITORIO DEL CONVENTO DE LAS CARMELITAS DESCALZAS DE ZARAGOZA.

[20] Aunque encontrar un mayor aislamiento no fue el motivo del traslado del convento de las carmelitas descalzas de Zaragoza, sino la ruina del edificio en que vivían, es cierto que gran número de congregaciones religiosas en toda España abandonaron los centros de las ciudades entre los años 50 y 80 para instalarse en lugares más apartados que permitieran desarrollar mejor su forma de vida.



[FIG. 17] EL ARQUITECTO SANTIAGO LAGUNAS MAYANDÍA, 1912-1995.



[FIG. 18] INTERIOR DE LA IGLESIA DE LAS CARMELITAS DESCALZAS DE ZARAGOZA, FOTOGRAFÍA DEL AUTOR.

[21] Cfr. FLORES, Carlos: «Santiago Lagunas Mayandía, arquitecto», en Santiago Lagunas, Zaragoza, Colegio Oficial de Arquitectos de Aragón, 1997.

[22] El Grupo Pórtico fue el pionero de la pintura abstracta o informalista española. Fue fundado en abril de 1947, a raíz de la exposición «Pórtico presenta nueve pintores», que tuvo lugar en el Centro Mercantil de Zaragoza.

sistema nuevo que, sin faltar a la regla, incluye en el vano de la ventana el acomodo del escritorio [Fig. 16]; las monjas ya no tendrían que utilizar artefactos extraños para apoyar sus cuartillas. La solución que el joven Romero propuso para el conjunto del convento de san José es un modelo de lo posible en arquitectura cuando se manejan escasos recursos. Una solución llena de dignidad, imposible de conseguir sin la dedicación que el arquitecto concentró en la que fue su primera obra de cierto volumen y también su primer ejercicio dedicado a la arquitectura religiosa. Como hemos visto en sus posteriores proyectos, el tiempo se ocuparía de matizar las cosas, de añadir nuevas actitudes compositivas a los recursos que la arquitectura tradicional aragonesa puso a su disposición en este primer edificio.

Es el edificio de un arquitecto que, aun sin la debida experiencia, suple esa carencia con una profesionalidad, método y dedicación admirables. Su sensibilidad y compromiso social son el argumento principal de su obra; incluso podríamos decir que sus obras fueron construidas con el fin único de servir a los demás. Un modelo que puede aprovechar a todos aquellos que creemos en la arquitectura como una forma de vida coherente y, desde luego, apasionante.

LA IGLESIA DE LAS CARMELITAS DESCALZAS.

El 12 de febrero de 1956 se vendieron las últimas propiedades, necesarias para la construcción de la última pieza que completa el conjunto, su iglesia. En un infrecuente gesto de honradez profesional, el joven Romero confía este proyecto —la pieza clave del convento— a Santiago Lagunas Mayandía (1912-1995), excelente pintor y arquitecto zaragozano [Fig. 17]. Lagunas, desde que se titula por la Escuela de Arquitectura de Madrid en 1940, combina su doble faceta expresiva interviniendo activamente en sus exposiciones pictóricas y colaborando durante cuatro años con el Servicio Provincial de Regiones Devastadas [21].

Recibe grandes encargos como el Seminario metropolitano (1944), la Clínica de san Juan de Dios (1946), o la reforma del cine Dorado (1949). Lagunas combinó en el cine Dorado sus dos aptitudes artísticas, la arquitectura y la pintura, proyectando un espacio mixtilíneo de notable valor plástico. En pintura, y en esos años, crea el grupo 'Pórtico', y poco a poco su labor pictórica le absorbe por completo [22] hasta que, en 1952, tras una fuerte crisis religiosa y personal, vuelve al ejercicio de la profesión, esta vez concentrado en la arquitectura sacra.

Romero conocía las circunstancias recientes de Lagunas, apreciaba su trabajo como arquitecto; de ahí que su sugerencia para que interviniese en la pieza más señalada de su primer edificio es una nueva muestra de una actitud insólita en cualquier caso y todavía más en un profesional de la arquitectura. Podemos, pues, pasar a analizar este proyecto, esbozado por

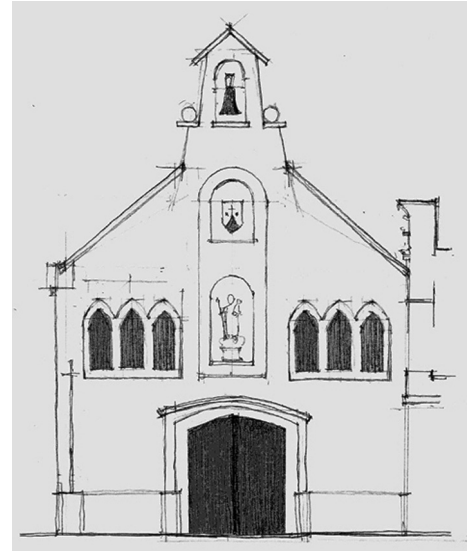
Romero y detallado por Lagunas. En él se reunieron con naturalidad las energías de dos de los arquitectos más valiosos del segundo tercio del siglo XX en Zaragoza, uno y otro cumplieron su papel con sorprendente concordia. José Romero había dispuesto que la nave de la iglesia ocupara la zona frontal del convento, en prolongación del presbiterio-germen, que debe variar 90° la posición del altar, tal como estaba previsto. La nave única forma un solo espacio longitudinal, separado por ligeros arcos diafragma, de recuerdo gótico, que ayudan al apeo de la cubierta [Fig. 18]. Santiago Lagunas desarrolló en el interior de la iglesia toda su capacidad simbólica, diseñó hasta el último detalle de las piezas móviles: altar, sagrario, confesionario y púlpito. Tan sólo el sagrario permanece intacto en nuestro tiempo, las reformas litúrgicas aconsejaron eliminar el púlpito y el confesionario, además de transformar el altar.

El volumen final de la iglesia y, sobre todo, la altura de la nave, difieren de los dibujados por Romero. Lagunas aumenta la inclinación de la cubierta para añadir aire interior a sus arcos de diafragma, alterando la proporción que Romero había previsto, más jerarquizada, con mayor diferencia entre la nave y el presbiterio. La fachada principal, también reinterpretada por Lagunas, ofrece una relación directa con el canon señalado por de la del primer convento del la Orden, proyectado por Francisco de Mora. En síntesis, la iglesia de las carmelitas de Zaragoza resulta ser una pieza mixtilínea, sin perder por ello el espíritu austero del conjunto conventual. Es como un destello semejante al de las antiguas fundaciones, que reservaban para sus iglesias la abundancia visual y el brillo de los que carecían las dependencias conventuales.

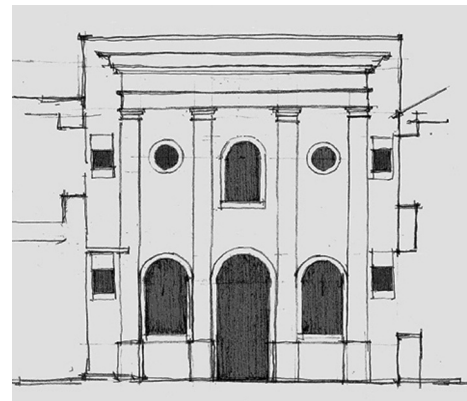
En su interpretación arquitectónica, la iglesia supone un tránsito entre la manera preconiliar jerarquizada y el efecto envolvente de los templos posteriores al Concilio Vaticano II. Su modernidad reside en la actitud pictórica que Lagunas transmite al interior del templo y refleja luego en la fachada [Fig. 19], combinando así su apariencia vistosa con el efecto del sencillo pórtico apilastrado, dispuesto por Romero en el paño frontal de acceso al convento [Fig. 20]. El análisis de ambas fachadas nos permite reconocer la actitud de ambos arquitectos, sus concordancias en material y en contención y su distinto gesto en la composición, más reservada en el convento y con mayor expresión en la iglesia. De nuevo la tradición conventual carmelita se manifiesta en la fundación de Zaragoza. ■

BIBLIOGRAFÍA

- FLORES, Carlos: «Santiago Lagunas Mayandía, arquitecto», en *Santiago Lagunas*, Zaragoza, Colegio Oficial de Arquitectos de Aragón, 1997.
- LABARTA, Carlos: «José Romero. La arquitectura olvidada de un hombre», en *Ra3*, Pamplona, E.T.S. de Arquitectura de la Universidad de Navarra, 1999.
- LABORDA YNEVA, José: *Guía de arquitectura de Zaragoza*. Zaragoza, Caja de la Inmaculada de Aragón, 1995.
- RODRÍGUEZ COBIÁN, Esteban: *El espacio Sagrado en la Arquitectura española contemporánea*. Santiago de Compostela, Colegio Oficial de Arquitectos de Galicia, 2006.



[FIG. 19] FACHADA FRONTAL DE LA IGLESIA DE LAS CARMELITAS DESCALZAS DE ZARAGOZA, DIBUJO DEL AUTOR.



[FIG. 20] FACHADA FRONTAL DEL CONVENTO DE LAS CARMELITAS DESCALZAS DE ZARAGOZA, DIBUJO DEL AUTOR.

Fecha de recepción:
25 de septiembre de 2012

Fecha de aceptación:
18 de octubre de 2012